

pasa en ese complicado laboratorio que se llama cuerpo humano. Y talvez entonces podremos ayudar á nuestros hermanos que sufren y contribuir á darles la parte de felicidad que en este valle de lágrimas corresponde á todo sér humano. Si algún día obtenemos tales resultados, podremos mirar con satisfacción y orgullo las noches que hemos consagrado á trabajos arduos y tediosos. La sonrisa de la madre cuyo párvulo habremos salvado, será nuestro galardón.

JOSÉ LUIS PERRIER

Colegial Honorario

Nueva York, Enero de 1911

Galería de hijos del Colegio

FRANCISCO JOSE DE CALDAS (1)

“La vida de los hombres públicos es una propiedad de la historia imparcial.”

F. DE P. SANTANDER

Para la celebración del primer centenario de nuestra independencia nacional, la fecha más grande y más gloriosa que puedan registrar las páginas de la historia americana, y cuya sola enunciación basta para que palpite de patriotismo el corazón de todo colombiano, considero un deber el que todo ciudadano haga un esfuerzo en la órbita de sus capacidades.

Festejamos el primer centenario del inmortal 20 de Julio de 1810, día en que se convirtió en realidad la idea que desde tiempo atrás venía ganando terreno en el espíritu del pueblo americano: romper las cadenas de la dominación española y fundar una república; día en que se ini-

(1) Premiada con segunda medalla en el concurso abierto por el Colegio para celebrar el Centenario de la Independencia.

ció la guerra de nuestra independencia, por tantos títulos justa, grande, cuya historia constituye una fuente de purísimas enseñanzas, donde debemos beber todos los colombianos, si es que pretendemos ser dignos hijos de esta tierra, si es que merecemos ser herederos de la obra sin igual que nos legaron nuestros padres.

Describir los principales hechos de aquella magna revolución; hacer la biografía de los próceres, hé ahí un verdadero problema á los ojos del biógrafo; la gratitud nacional todo lo ha puesto en claro, el agradecimiento todo lo ha colmado, la vida de esos hombres es harto bien conocida; sin embargo, digamos una palabra más, dejemos correr la pluma para recordar sus glorias, para no dejar palidecer en la memoria de los pueblos su historia; éste es el homenaje de eterno agradecimiento y gratitud que se debe tributar constantemente á aquellos que han sacado á sus hermanos de la noche de la esclavitud y les han restituído el bien precioso que Dios ha dado al hombre: *la libertad*.

¡Qué acciones! ¡qué guerra! ¡qué hombres! de entre aquel pueblo de ignorantes se levanta de golpe una generación de sabios, de soldados, modelo, asombro del valor humano, que levantan la cabeza por tantos años humillada y oprimida y derriban el poder absoluto de los reyes, en una lucha titánica que no tendrá igual en el curso de los tiempos; los vemos atravesar las pampas en busca del enemigo, con un arrojo bravío; hambreados, desnudos, vencedores unas veces, otros vencidos, jamás desalentados, en el transcurso de largos años, hasta que un día en Boyacá los clarines victoriosos anuncian á los cuatro vientos que sobre las ruinas de un reino debilitado se ha levantado una república fuerte; que se ha abolido la injusta esclavitud; que el pueblo no es ya juguete de los caprichos de un rey, sino fiel cumplidor de sabias leyes.

¡Escrito estaba en el libro de la Providencia que el mundo americano no podía ser colonia!

Entre los grandes colombianos, autores y sostenedores de la colosal obra, hay uno que para mí siempre ha sido

objeto de la más profunda admiración; he venerado su memoria con religioso respeto, porque fue grande entre los grandes hombres que la humanidad ha producido; adelantado á su época, al medio en que vivía, su gloria y su fama llenarán siempre la historia americana de los siglos XVIII y XIX; su figura se destaca entre sus contemporáneos con caracteres de sublimidad. El continente americano necesitó de su ciencia, y con ella instruyó al pueblo; necesitó de su espada, y se arrojó al campo de batalla; necesitó de su vida, y murió en un patíbulo.... sobre la tierra llevó el nombre de FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS.

Hacer una nueva biografía de CALDAS, es, como ya dije, un problema. ¿Qué puedo yo añadir, qué nuevo puedo apuntar de su vida, cuando todo colombiano que algo ha escrito, largas páginas ha dedicado á honrar su memoria? ¿qué elogio digno de él puedo hacer yo, que carezco de toda autoridad, cuando Humboldt, Linneo, Bonpland, Boussingault, Menéndez Pelayo, y tantos otros sabios europeos han agotado su ingenio para hablar de CALDAS?

Sin embargo, su nombre vaga en mi memoria con especial deferencia desde cuando en las bancas de la escuela, con las primeras nociones de nuestra santa Religión, aprendí á repetir los nombres de Bolívar, Santander, Nariño, nombres que no se pueden pronunciar sin sentirse uno preso de extraña emoción que no se sabe comprender.

Siempre buscaba un día digno de su grandeza para hacer pública manifestación de los sentimientos que por él me animan; felizmente ha llegado este día, grande en mi vida, y el más propio para satisfacer mis ardientes deseos.

Siento una satisfacción como la del cumplimiento del deber.

¿Pero de qué otro modo puedo yo hacer justicia al filósofo, al físico, al astrónomo, al botánico, al explorador, al zoólogo, al geómetra, al agrónomo, al geógrafo, al político, al jurista, al periodista, al patriota, al mártir, al que tantos otros títulos supo conquistar con la dignidad de un

hombre recto, y que forman la corona inmortal que siempre ceñirá su frente sin mancilla, cuando su nombre ha atravesado los mares y los continentes para ser objeto de admiración dondequiera que se ama la ciencia ó se recopilan los nombres de los mártires de la libertad; cuando sus trabajos, sus inventos, sus creaciones, sus escritos, han merecido especial atención de parte de los profundos científicos, de los críticos, de los historiadores?

Yo únicamente aspiro á dejar en el pedestal de dignos elogios que la posteridad le ha elevado, mi humilde encomio, que sino el más autorizado, acaso sí sea el más sincero, fruto del reconocimiento y de la admiración que, como americano debo á quien tanta honra supo dar á su patria.

Sus días sobre la tierra fueron un modelo de vida; comprendió mejor que nadie lo que es el cumplimiento del deber; amó la vida en sus más grandes manifestaciones: la religión, la libertad, la ciencia, la patria; su amor era puro y sincero; persiguió siempre sus ideales con la tenacidad de una alma fuerte y noble; su cabeza jamás se inclinó ante las bajezas del mundo; llevó siempre erguida y sin mancha la frente; su corazón no supo de horribidas pasiones; no sintió vacilar jamás su dignidad ante los halagos de la adulación, ni su carácter, fuerte y grande, ante las tentaciones de la ambición; luchó como un héroe contra los vendavales de la vida; agotó hasta el último sacrificio por su patria; conoció á fondo la ciencia. Periodista insigne, escritor de alto vuelo, temperamento de filósofo, sus triunfos se pueden contar por los días de su existencia; la posteridad le ha consagrado el título de *El Sabio*.

Caldas no vivió en la noche de la colonia, en aquellos siglos en que los americanos no miraban el mundo ni siquiera por estrechas celosías; nació el 25 de Septiembre de 1771, hacia la última mitad del siglo XVIII, cuando á la sazón comenzaba á desarrollarse el gran movimiento científico de América, encabezado por el Dr. José Celestino Mutis, el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, el Virrey

Ezpeleta y varias otras personas notables; cuando un rayo de luz iluminó el negro horizonte del pueblo oprimido: la lectura, la prensa y las ciencias físico-matemáticas iluminaban la conciencia americana.

CALDAS fue un predestinado de la Providencia para ser la lumbrera de aquella transformación intelectual; para ser un apóstol de la libertad y de la ciencia.

Nació en el Departamento del Cauca, en la ilustre ciudad de Popayán (1). "El Cauca es la tierra de la inteligen-

(1) El Sr. D. Ildefonso Díaz del Castillo, y algunos otros miembros de la Academia Nacional de Historia de esta ciudad, residentes en Popayán, han informado á esta misma Academia, en respuesta á la recomendación que se les hizo de conseguir en esa ciudad copia de la partida de bautismo del sabio CALDAS, que en el archivo correspondiente no han encontrado tal documento, á pesar de las varias diligencias que han hecho para su consecución; documento que daría plena luz sobre el año en que nació, pues los historiadores difieren en este punto; unos dicen que nació en 1770, otros que en 1771. Este incidente no debe dar lugar á duda sobre si CALDAS nació en Popayán ó nó; está probado que es natural de aquella ciudad por los papeles públicos, cartas, biografías, etc., relativas á él, de ese tiempo y de los últimos años. Además, en el archivo de este Colegio se encuentra el memorial que en 1788 elevó á la Consiliatura pidiendo se le otorgara la beca de colegial, y dice: "Sr. Rector: D. Francisco José de Caldas y Tenorio, natural de la ciudad de Popayán, ante V. S. como mejor. . . etc.", que es una prueba fija sobre esto, dados los juramentos que había que prestar en ese tiempo, para entrar á estudiar en este Colegio; las declaraciones prestadas por algunos señores sobre la nobleza de CALDAS, afirman también ser natural de Popayán el pretendiente á la beca. Sin embargo, la prueba mejor que para aclarar este punto habría, sería una copia de la partida de bautismo, documento que es de suponer se ha traspapelado ó perdido por algún incidente grave. No he omitido el poner en esta biografía que nació en Popayán el 25 de Septiembre de 1771, pues los más autorizados historiadores y otros documentos de la Biblioteca Nacional de esta ciudad, del archivo de este Colegio, como algunas otras fuentes de nuestra historia, así lo confirman. También es de lamentarse el que en muchos diccionarios y algunos libros extranjeros se encuentren sobre CALDAS, como sobre otros próceres de nuestra independencia, noticias biográficas erróneas, sobre el año de nacimiento, muerte, etc.—N. DEL A.

cia y del valor," ha dicho D. Juan Montalvo, y á la verdad, á pesar de parecer que en aquella ciudad, escondida en el corazón de los Andes, no han de nacer sabios, Popayán ha dado la mayor parte de los genios de nuestra patria. ¿Para qué repetir en este lugar los nombres de los insignes militares, de los sabios jurisconsultos, de los egregios predicadores del cristianismo nacidos en el Cauca, cuando ellos se hallan grabados en el grato corazón de todo americano, puesto que son el más alto exponente de nuestra intelectualidad? Allí nació CALDAS; por sus venas corría sangre de una antigua é ilustre familia, que nacida de España supo cumplir con la misión sagrada del colonizador, que no consiste en ir al territorio conquistado á llenar sus arcas de oro y volverse luego á gozarlo en París ó en Madrid; nó, el colonizador debe establecer su hogar, perpetuarse en la colonia y educar una descendencia que honre y sirva á esa tierra. Tenorio, Arboleda, Vergara, Mayorga y Olmos, Azcárate y otros ilustres apellidos se encuentran en la noticia genealógica de CALDAS.

¡Cómo no debía venir á ser CALDAS un enamorado de la naturaleza, cuando pasó su infancia allá en esa tierra hermosa, de una exuberante vegetación, de una belleza incomparable, cuando lo primero que se presentó á su contemplación fueron esos corpulentos árboles, esas inmensas montañas, esos deliciosos campos! Su alma se empapó desde un principio en la poesía del paisaje, en la admiración por esa riqueza, y fue natural que con el tiempo viniera á ser su explorador, su dueño.

Recibió CALDAS desde sus primeros años la más esmerada educación; allá en el seno bendito del hogar, aprendió las primeras nociones de la religión católica. Bajo la dirección de catedráticos de la talla de D. Félix de Restrepo, aquel insigne institutor y patriota, hizo los estudios de latinidad, filosofía y matemáticas, hasta terminar el curso de artes, en el Colegio Seminario de Popayán; su aplicación al estudio y su amor á los libros se manifestaron en él,

desde sus primeros años de colegio, con caracteres los más halagüeños; principalmente le llamaban la atención las ciencias físico-matemáticas y geográficas, en cuyo estudio lo inició el citado Dr. Restrepo, que adivinó cuáles eran las preferencias de su discípulo.

Dice la historia que CALDAS pasaba las noches enteras dedicado á la resolución de problemas y otros estudios, lo cual perjudicaba mucho su salud; hasta que notado esto por sus padres le impidieron que trasnochara: su cariñosa madre le privaba de bujías y le hacía acostarse temprano; pero él, para eludir la tierna vigilancia, fingía dormir, y tarde de la noche se procuraba una luz, para continuar su estudio.

La aurora le sorprendía embebido en los libros.

Pero como entonces las únicas carreras á que se dedicaban los jóvenes, era la eclesiástica y la del derecho, puesto que ninguna otra clase de estudios ni de especulaciones científicas atraían la atención de los colonos, dada la restringida educación que en los paquísimos colegios del virreinato se daba, los padres de CALDAS resolvieron que viniera á Santafé á consagrarse al estudio del derecho en este Colegio del Rosario.

Visto el memorial que CALDAS elevó á la Consiliatura, con fecha 14 de Octubre de 1788, solicitando se le otorgara una beca de colegial, y recibidas que fueron las declaraciones de testigos honorables, que lo fueron los Sres. Gregorio Domínguez, Valentín García y Felipe Montaña, sobre su nobleza, requisito indispensable en ese tiempo, para poder estudiar en éste, como en muchos otros colegios, la Consiliatura resolvió, con fecha 18 de Octubre del mismo año, honrar al joven payanés con las insignias y beca de colegial, de la que tomó posesión el 21 de Octubre.

En el trascurso de tres años concluyó CALDAS los estudios de bachiller, y obtuvo el grado de doctor en derecho.

Fueron sus catedráticos y superiores hombres doctos, entre ellos el Dr. Tomás Tenorio, que fue su profesor de

derecho canónico; el Dr. Miguel Galindo, de derecho civil, y varias otras personas importantes en las demás clases; era entonces rector del Colegio el Dr. Agustín Manuel de Alarcón.

En cuanto á que el Dr. José Celestino Mutis fuera profesor de matemáticas de CALDAS en este Colegio, á pesar de la aseveración de algunos historiadores de que sí lo fue, creo que debe afirmarse lo contrario (1), puesto que durante los años que CALDAS estuvo en este colegio, de 1788 á 1792, el Sr. Mutis no hacía ya esa clase; la regentó desde 1762, recién llegado de España, hasta 1766, año en que verificó su viaje á Pamplona; y más tarde en 1770, después de estar esos cuatro años dedicado á la administración de la mina de plata de Montuosa, regresó á esta ciudad; se dedicó de nuevo á sus tareas docentes, aunque ya no con mucha regularidad, puesto que con frecuencia hacía viajes á diversos puntos del país, en diligencias científicas; encargado como jefe de la Expedición Botánica, permaneció en Mariquita desde 1783 hasta 1790, que regresó á esta capital y se ocupó preferentemente en los trabajos de la Expedición.

En las cartas de CALDAS al Sr. Mutis, de 1801 á 1805, inéditas hasta el año pasado que las publicó en Madrid el Dr. Diego Mendoza, he encontrado algunos párrafos que dan completa claridad sobre este punto.

La primera carta que CALDAS escribió al Sr. Mutis fue en Agosto de 1801, de Popayán, con motivo de haber recibido una *Filosofía Botánica* de Linneo y dos tubos de barómetro, que el Sr. Mutis, sabedor de su entusiasmo por el estudio de la botánica, resolvió mandarle sin carta alguna.

En la contestación de CALDAS le hace una relación del curso de su educación, y le cuenta que estuvo en este colegio estudiando derecho; ¿con qué objeto le refería este detalle, si hubiera sido su catedrático en este mismo colegio?

(1) Véase *Expedición Botánica de José Celestino Mutis*, por Diego Mendoza, de que me he aprovechado para este ensayo.

En otra carta de Quito (21 de Abril de 1802), en que le habla del agradecimiento que siente por algunos servicios que le había prestado, le dice: "¡Qué fiel es mi corazón! Cuando estuve en esa ciudad en 1796, que vi á usted en muchas concurrencias sagradas, olvidando la santidad de los lugares fixaba mis ojos, meditaba sobre el exterior del sabio Mutis.... Tan fixos tengo en mi memoria los rasgos de ese rostro tranquilo y venerable." Si hubiera sido CALDAS por algún tiempo discípulo de Mutis, no habría tenido razón alguna para escribir las precedentes líneas. En otra carta de Otavalo, fechada el 7 de Noviembre de 1802, después de hacer al Sr. Mutis una larga relación de sus correrías por esa provincia, le da gracias por un telescopio y un cronómetro que le envía desde esta ciudad, y le dice: "¡O Dios! ¿Por qué hacerme conocer tan tarde á hombre tan grande? Yo mismo me irrito contra mi encogimiento de no haberme llegado á tan buen padre en 1796 en que pude hacerlo en Santafé." Esto da certeza completa de que CALDAS no fue discípulo del Sr. Mutis, en este colegio; y en el contexto general de las cartas se comprende perfectamente que no eran conocidos; es imposible suponer que si CALDAS hubiera sido discípulo de Mutis, no se hubiera entregado desde un principio á sus estudios científicos en esta ciudad; sólo en 1805, cuando vino aquél de sus viajes por el Ecuador y el Perú, se hicieron personalmente conocidos. Pero si no existió entre ellos la relación restringida de catedrático y discípulo, sí es cierto que el más aventajado de los hombres que trabajaron con Mutis en la Expedición Botánica, fue CALDAS. De él aprendió gran parte de sus conocimientos; recibió multitud de favores para su ilustración; CALDAS le llamaba su maestro, su protector. Mutis era centro de aquel círculo de sabios que floreció á principios del siglo XIX en América: Zea, Lozano, Pombo.... los hombres más grandes que ha producido este suelo.

Así pues, entre Mutis y CALDAS hubo íntimas relaciones que aumentaron su ilustración recíprocamente; esos dos

grandes cerebros se unieron para dar más luz; porque "si Mutis podía enseñarle botánica, en los otros ramos de las ciencias naturales á que CALDAS consagró sus vastísimas facultades geniales, Mutis no podía seguir por las altas cimas del pensamiento el vuelo del águila" (1). Lo que influyó en la educación de CALDAS fue el estar bajo las sabias constituciones que para este colegio dictó su fundador, el Ilustrísimo Sr. D. Fray Cristóbal de Torres. Comprobado está, así lo afirman los modernos historiadores, que aquellas constituciones fueron las primeras que despertaron en el espíritu de los colonos la idea de la república; las generaciones que se educaban en estos claustros bebían en esa fuente de ideas sublimes, salían más tarde á la vida pública, y como era natural, divulgaron aquellas enseñanzas.

Oigamos lo que dice CALDAS de su educación: "La Providencia me dio unos padres zelosos de la pureza de sus hijos, éstos á fuerza de desvelos enfocaron mis pasiones, y puedo decir que me oprimieron. A los diecinueve años me mandaron á esa capital á continuar mis estudios; cuidaron de darme unos que hicieran sus veces en Santafé, que no les cedían en zelo: entré en otra feliz opresión. Mis años se aumentaban, y yo contraía un hábito dichoso de retiro y cierto gusto á la pureza; la Religión completó esta obra." "Mi primera educación fue adocenada: á los dieciséis años de edad vi unas figuras de geometría y unos globos, y sentí una vehemente inclinación hacia estas cosas. Por fortuna me tocó un catedrático ilustrado, que detestaba esa xerga escolástica que ha corrompido los más bellos entendimientos; me apliqué baxo su dirección al estudio de la Aritmética, Geometría, Trigonometría, Álgebra y Física experimental, para que nro. curso de Filosofía fue verdaderamente un curso de Física y Matemáticas." "Conocí que estos no eran sino las semillas de las ciencias,

(1) *Expedición Botánica de José Celestino Mutis*, por Diego Nendo-a.

que era preciso fomentarlos, multiplicarlos de todos modos, comenzar á observar y poner en práctica los principios. Nada tocaba más vivamente mi gusto que la Astronomía: su relación con la Navegación, con la Geografía, con la Chronología, lo brillante y magnífico del espectáculo me decidieron por ella. ¿Pero qué podía hacer en un país en que se ignoran hasta los nombres de Quarto de Círculo, Telescopio y Péndola? Quatro libros que una feliz casualidad arrojó á esta ciudad me daban nociones de esta ciencia y de sus instrumentos; mis deseos, mi furor por la Astronomía me sugerían recursos. Un pequeño Gnomon que hice construir me entretenía; tiraba meridianos, observaba alturas del sol, fixaba latitud, calculaba azimudes, y emprendí conocer la amplitud de la eclíptica por la observación de los solsticios: con sólo este instrumento estaban para mí como aniquiladas las estrellas y los planetas, y no podía dar un paso más en la ciencia que hacía mis delicias.”

En la misma relación cuenta CALDAS que los que disponían de su persona y de sus estudios, lo enviaron á esta ciudad á cursar jurisprudencia; cosa que él hizo por obedecer á sus padres, que así lo deseaban, pero que como no había nacido para juriconsulto no tomaba gusto á las leyes ni á Justiniano, y que hubiera deseado más bien emplear esos tres años en el estudio de las ciencias de su preferencia.

Al llegar á este punto me es imposible pasar adelante sin hacer un recuerdo de los principales personajes que en la época de la Colonia fundaron establecimientos de educación, dieron impulso á la ciencia y se interesaron por la ilustración de los americanos. En el año de 1604 el Arzobispo Lobo Guerrero fundó el Colegio de San Bartolomé; en 1653 el Arzobispo Torres fundó el Colegio Mayor del Rosario; el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora, inició la fundación de la *Expedición Botánica*, lo cual basta para que su nombre sea recordado con especial gratitud.

Estos tres arzobispos no sólo tienen la gloria de haber sido los fundadores de los principales establecimientos de educación en Colombia, sino también, á semejanza de todos los demás prelados que les precedieron ó sucedieron en la silla arzobispal de esta ciudad, la de haber sabido desempeñar de manera noble y generosa la santa misión de evangelizadores y predicadores de la verdad. Lugar muy especial merece el recuerdo consagrado al nombre del ilustre, del sabio Dr. José Celestino Mutis, de quien ya he hecho mención, cuyo nombre figura en primera línea entre los benefactores de América, y entusiasta propagandista de las ciencias naturales: director de la *Real Expedición Botánica*; fundador de la *Flora de Bogotá*; iniciador de la construcción del Observatorio astronómico de esta ciudad, el primero que se levantó en América; fueron sus discípulos una generación de sabios, que siguieron la huella luminosa de sus pasos; su nombre jamás se borrará de la memoria del pueblo americano.

Entre los virreyes el nombre de D. José de Ezpeleta es el principal de los que sin egoísmo de ninguna clase dieron gran impulso á la ilustración de la colonia; bajo su administración se publicó el primer periódico de esta ciudad. El virrey Flórez, que fundó una biblioteca pública; Mendinueta, de inpercedera memoria por su paternal gobierno y celo por el adelanto en las mejoras materiales que inició durante su administración. Unos y otros, cuál más, cuál menos, dieron un paso más en la civilización de Nueva Granada.

Educado, pues, CALDAS en este Colegio, con un grado que lo honraba y le abría paso á sus operaciones en cualquier centro social, se presentó á la vida pública dotado de una inteligencia privilegiada y de un talento asombroso, después de dejar á su paso por estos claustros su nombre colocado como el de uno de sus más ilustres hijos. Gloria verdadera es para este Colegio el haber educado en su seno á un sabio como CALDAS.

Regresó á Popayán en el año de 1793, y no se dedicó al ejercicio de la profesión de abogado, porque, como ya vimos, el estudio de las leyes no era para él. Además esta profesión, en tiempo de la colonia, de nada servía: los puestos públicos eran ocupados por los peninsulares, y eran completamente desconocidos los principales ramos del derecho, tales como el internacional, la economía política, etc.; había gran restricción en el ejercicio de la profesión; por eso vemos que gran parte de la juventud americana de entonces, después de estudiar derecho, no se ocupaba con especialidad en los negocios civiles; solamente uno que otro pleito en que estuvieran comprometidos sus intereses de familia, los obligaban á ejercer la profesión.

A pesar de que CALDAS deseaba dedicarse completamente á sus preferidos estudios, no pudo hacerlo así; porque, en primer lugar, necesitaba procurarse una ocupación que le distrajera, pues no podía estudiar mucho por la prohibición que los médicos le hicieron por la debilidad de la cabeza, con lo cual sufría muchísimo por ser su mayor placer el estudio, y tuvo que dedicarse al comercio, también para proporcionar recursos á su familia que sufría escaseces.

Se dedicó en Timaná y La Plata á especulaciones mercantiles; pero tampoco podía ser comerciante, porque no le dedicaba á sus ocupaciones toda atención, y siempre le salían mal las transacciones; constantemente le pasaban averías en los caminos y sufría grandes pérdidas; no pocas veces vio rodar por los pedregales la mula que le conducía la mercancía; y son curiosas las relaciones que en cartas hacía á sus amigos de los porrazos de las bestias de carga; de seguro iba CALDAS embebecido contemplando la naturaleza sin ayudar al arriero á conducir bien la acémila.

CALDAS NO conoció el ansia por adquirir riquezas, como desprendido que era de los bienes terrenos; además, el comercio estaba restringido de manera increíble, y era una cosa raquítica y precaria; no había libertad para la importación ni para la exportación; el monopolio todo lo absorbía, todo

pertenecía á la real corona; tenían los colonos la obligación de enviar á Cádiz todos los productos coloniales; los caminos eran intransitables; las manufacturas europeas no podían venir á América sino por la vía de España; los comerciantes de la colonia recibían los artículos cargados de inmensos gastos de transporte. Estas y otras mil dificultades no permitían un comercio civilizador; no había empresas, no había libertad de industria, y nada puede haber donde no alumbran los rayos del sol de la libertad.

CALDAS, aunque dedicado al comercio en esos años, no abandonó las ciencias, á pesar de la prohibición de los facultativos.

Durante los viajes por las provincias, teatro de sus operaciones, se ocupaba en observar lo importante que se le presentaba.

“La necesidad de buscar la subsistencia, que en otros sufoca el amor á la sabiduría, en mí fue una ocasión para adelantar algo en mis estudios,” decía CALDAS, y en efecto, en 1796 hizo un viaje á esta ciudad en busca de artículos de comercio, que le fue muy favorable á su ciencia; refiere CALDAS que entonces vio por primera vez la *Astronomía* de Lalande, y los *Elementos*, del Abate Besout; que copió de este libro las *Tablas del Sol* para calcular sus declinaciones y que compró en esta ciudad una brújula, un barómetro de mar, dos termómetros y un octante de reflexión.

Resolvió entonces hacer una *Relación de viaje*; subió al cerro de Guadalupe, é hizo en él multitud de observaciones, que más tarde publicó en *El Correo Curioso*, periódico de esta ciudad, redactado por D. Jorge Tadeo Lozano y D. Luis Azuola.

En Octubre del mismo año salió de Santafé y empezó á tomar datos para levantar la carta geográfica del territorio que iba á atravesar; hizo observaciones barométricas en La Mesa, Tocaima, Gigante y Pital, y dice CALDAS que en este punto se le rompió el barómetro, con lo cual se paralizaron un tanto sus operaciones.

El cabildo de Timaná y el de La Plata se disputaban en 1797 los límites de jurisdicción; á la llegada de CALDAS á Timaná la autoridad respectiva lo comisionó para levantar la carta de aquellos lugares. Ayudado del cura del Gigante, se dedicó á este trabajo, que terminó felizmente en Febrero de 1798, y que más tarde mereció cumplidos elogios del Barón de Humboldt. En este año regresó á Popayán, pues abandonó tan inoficiosa carrera, y se dedicó un poco más á las ciencias.

Una vez posesionado CALDAS de sus trabajos científicos, le vemos descollar, le vemos levantarse como un astro en medio de aquella generación; se dedicó á las ciencias con un ardor y un entusiasmo que rayaba en lo increíble, les dedicó todas sus fuerzas y sus capacidades, las abrazó como á sus salvadoras; las amaba con un amor grande y sublime, y aunque para avanzar en su camino se le presentaban á cada paso multitud de dificultades, jamás vaciló; nunca sintió el desfallecimiento; para quien como él abraza tales ideales, nada es inconveniente; se abría paso entre la sombra en que yacía sumida la colonia; lleno de juventud, de vigor, de esperanzas, de amor por la patria, bien pronto con sus triunfos se levantó hasta tener que admirarle nosotros como á un hombre sin segundo en América, porque aunque es cierto que en varias naciones de este continente, y aun aquí mismo en Colombia, hubo en su tiempo hombres que descollaron en las ciencias, y aun en nuestros días los hay para honra de la patria, pero él no sólo era un sabio que dominó todos los ramos de las ciencias naturales, sino que era un filósofo consumado y un escritor modelo.

Antonio Nariño y FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS fueron apóstoles de la civilización en la América Meridional; aquél se ocupó en traducir *Los Derechos del Hombre* para enseñar al pueblo su propia dignidad; éste se consagró á difundir las luces de la ciencia, hermana de la libertad, para ilustrar al pueblo y hacerle conocer la superioridad geográfica de su país. La misión de ambos fue fecunda en

resultados gloriosos, porque en su pecho guardaban los más nobles sentimientos y estaban animados de un desinteresado y generoso amor á su patria.

La biografía de CALDAS puede reducirse á tres grandes faces: como científico, como escritor y como patriota, fuera del recuento que en seguida haré de su vida privada.

Muy pocos son los historiadores que se han dedicado al estudio de la vida privada de los próceres de nuestra guerra de independencia; cosa hasta cierto punto natural, si atendemos al corto número de datos de esta clase que se encuentran en las fuentes de nuestra historia; hechos que para ellos y para sus contemporáneos pasaban inadvertidos, pero que para los que gustamos de esta clase de estudios, vienen á constituir un tesoro, un tema de largos escritos. Primeramente esas noticias llegan al conocimiento público por la tradición, y más tarde algún historiador las recoge y las publica.

De CALDAS sí se sabe que en su vida privada fue un modelo; como filósofo que era, llevó siempre una vida de austeridad; sus costumbres eran serenas y puras como las de Newton; era humilde, porque era sabio; era pobre, porque no conoció la ambición; muy bien sabía lo que son los bienes terrenos, y nunca se preocupó por adquirirlos; solamente se lamentaba de la falta de recursos, cuando no podía comprar libros ó instrumentos por no tener dinero, y los pocos que constituían su fortuna, y los frutos de su trabajo, eran á los únicos bienes que tenía verdadero aprecio; su carácter era dulce y dócil, sin que por esto no fuera, llegado el caso, un hombre de valor y de energía; cristiano y católico fervoroso, amaba sinceramente la religión de sus padres. En las cartas que escribió para sus amigos y para su familia, se adivina cuán nobles y grandes eran sus afectos; "¡Qué fiel es mi corazón!" decía CALDAS en una carta, ya citada, al Sr. Mutis, porque verdaderamente supo ser un amigo agradecido y cariñoso. Esas cartas, felizmente recopiladas y publicadas por sus admi-

radores, son lectura muy recomendable para todo el mundo; y á pesar de que, como él mismo decía: "qué ha de hacer un astrónomo con la cabeza llena de ángulos, de estrellas y de alturas," jamás descuidaba en lo mínimo sus obligaciones sociales y sus compromisos; era un completo caballero que sabía atraerse la estimación y simpatía de todos los que lo conocían; su trato era afable y cariñoso; cualquiera podía creer que era educado en un centro europeo. CALDAS era de natural severo y triste; de cuerpo alto y fornido, color moreno, rostro ovalado; sus ojos eran negros y tenía una mirada melancólica; su cabellera negra y lisa, caía sobre su ancha y hermosa frente, denunciadora del hombre de talento y reflexión; la nariz larga, fina y curva, la boca pequeña y gruesa; usaba elegante patilla; "vestía de ordinario una levita ó sobretodo de paño oscuro que abrochaba y desabrochaba sin cesar, cambiando de solapa, de manera que duraban muy poco sus botones, y no dejaba de la mano un bastoncito flexible, ni de la boca un pedacito de tabaco fino torcido." (1) La manera como contrajo matrimonio en el año de 1810, nos da una idea completa de su carácter raro y modo de ser bien particular: recibió con entusiasmo el consejo que algunos de sus amigos le dieron de que buscara una compañera para el resto de su vida, pero como él mismo dijo, sus amadas ciencias no le dejaban tiempo para enamorarse ni para galantear novia, y resolvió escribir á algunos de sus amigos á Popayán, pues deseaba que su esposa fuera de allí, comunicándoles su resolución y suplicándoles le ayudaran á buscar una mujer, "que por sus prendas fuera digna de ser la esposa de un hombre honrado." Su amigo D. Agustín Barahona le contestó felicitándolo por la idea, y recomendándole á su sobrina la Srita. María Manuela Barahona, cuyas prendas le describió. Caldas propuso matrimonio á la señorita, y después de recibir respuesta favorable, dio el poder á su amigo D. Antonio

(1) LINO DE POMBO, *Biografía de F. J. de Caldas*.

Arboleda, que vivía en Popayán, para que en esa ciudad se verificara la ceremonia. CALDAS salió á encontrar á su señora á La Plata, y de allí se vinieron juntos para esta ciudad. En aquellos días fueron los movimientos del 20 de Julio, y por eso Caldas no se halló en ellos.

Estos datos nos confirman una vez más en la verdad de que no tenían fundamento las conjeturas de D^a Isabel Caldas de Torres, su hermana, casada con D. Manuel Torres Tenorio, y que vivía en Popayán, de que su hermano FRANCISCO JOSÉ, que vivía entonces en esta ciudad, pretendía á la Srita. Juana Prieto, hermana de D^a Francisca Prieto, que fue esposa del Dr. Camilo Torres, por algo que aquél le decía de esa señorita en una carta. Tales conjeturas quedaron más tarde sin valor alguno, pues sabido aquello por CALDAS, le volvió á escribir á su hermana informándole que absolutamente no era cierto eso; que sólo admiraba á la Srita. Prieto, que era entonces prometida, y más tarde fue esposa de D. José Ignacio París, por su belleza y bondad.

Una vez fundado en esta ciudad el hogar, la vida de CALDAS fue en adelante un poco más feliz; tuvo tres hijos, uno de los cuales, el único varón, murió muy pronto; pero esas delicias no fueron para él de larga duración; al poco tiempo, con motivo de la revolución, tuvo que separarse varias veces de la familia, la cual también fue víctima de las crueldades, horrores y persecuciones que los *pacificadores*, en 1816, en nombre de Fernando VII, aplicaban á los *insurgentes*.

NICOLÁS GARCÍA ZAMUDIO

(Continúa)

Historia y leyenda de San Cristóbal

Quando yo era niño, es decir, ahora cuarenta y tantos años, en todas las habitaciones de Santafé de Bogotá, la ciudad española del siglo XVII, sin alumbrado público, ande-